

nos aquello que todos aceptan, nos ayuda a ver las cosas de otra manera, nos empuja a superar nuestros prejuicios.

He escrito este libro desde el pensamiento crítico, desde la convicción de que el mundo sería un lugar mejor sin el nacionalismo. Este ensayo, al igual que el resto de títulos de esta colección, no deja de ser un episodio más de la lucha de la Ilustración contra el Romanticismo, de la razón contra la pasión ciega, contra esas pulsiones primarias que todos tenemos en nuestro interior y que deben ser combatidas.

Otro de los puntos en los que coincido con el movimiento escéptico es en mi rechazo del partidismo. El escepticismo es un posicionamiento filosófico, una actitud intelectual. No he escrito *El nacionalismo ¡vaya timo!* para favorecer unos determinados intereses partidistas. No soy, ni he sido, ni aspiro a ser miembro de ningún partido político, sindicato o de cualquier otra organización similar.

Este ensayo no busca contribuir al irresoluble conflicto nacionalista, sino que persigue la superación de esa lucha combatiendo la ideología que la provoca. Es imposible que los diferentes nacionalismos españoles lleguen a ningún tipo de acuerdo porque se disputan el mismo territorio. La única posibilidad de superar toda esa conflictividad es dándonos cuenta de la falsedad de la ideología que alimenta ese enfrentamiento.

El nacionalismo es irracional porque es una religión política. Sus seguidores creen en la existencia de una nación que muchas veces nada tiene que ver con la realidad, siempre mucho más rica y plural que su visión deformada del mundo. Esta ideología está sostenida en ideas dogmáticas que fomentan la división y el enfrentamiento. Y puede incluso llevar a creer a algunos que vale la pena morir y matar por su nación.

Pienso que lo más importante no son las naciones ni los Estados. Éstos no dejan de ser creaciones humanas, entidades

que hemos inventado y que sirven para administrar nuestra existencia colectiva. Lo más importante son las personas. La nación, convertida por los nacionalistas en una entidad trascendente, se convierte en un instrumento de enfrentamiento, de confrontación. Esta ideología se basa en la dicotomía nosotros-ellos, donde “nosotros” son los miembros de mi nación y los “otros” son aquellos que pertenecen a otras naciones. Esta división es la causante de innumerables guerras y de la muerte inútil de millones de seres humanos a lo largo de la historia.

Creo coincidir totalmente con el espíritu del movimiento escéptico si afirmo que sólo somos una especie animal que ha cobrado conciencia y que ha alcanzado un grado de desarrollo nunca antes visto en nuestro planeta. Todas las divisiones que podamos establecer entre nosotros, en naciones, razas o religiones, en el fondo carecen de sentido, porque es mucho más aquello que nos une que aquello que nos separa.

Desterremos al enorme baúl de los errores humanos todas las ideologías de la división. No hagamos de la identidad personal una excusa para el enfrentamiento. No importa que hablemos castellano, catalán, gallego, euskera o cualquier otro idioma. La lengua es básicamente un instrumento de comunicación, una forma de unir a las personas. No dejemos que el nacionalismo lingüístico nos separe.

Me gustaría concluir citando nuevamente una frase del editorial del primer número de la revista *El escéptico*: “Sólo el pensamiento crítico hace ciudadanos realmente libres”. Todo debe someterse al tribunal de la razón, incluso ideologías como el nacionalismo, porque ese es el único camino para lograr la libertad.

Texto leído en una mesa redonda organizada con motivo de la asamblea de la ARP-SAPC celebrada en Barcelona el 24-03-2012.

